

ÁDÁM BODOR

LOS PÁJAROS
DE VERHOVINA

VARIACIONES
PARA LOS ÚLTIMOS DÍAS

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Verhovina madarai*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Ádám Bodor
© de la traducción, 2019 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

La traducción de este libro ha recibido una subvención de
la Hungarian Books & Translations Office



ISBN: 978-84-17346-70-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 864-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

| | |
|-----------------------------------|-----|
| 1. (Anatol Korkodus) | 7 |
| 2. (Delfina) | 43 |
| 3. (Nika Karanika) | 61 |
| 4. (Edmund Pochoriles) | 67 |
| 5. (Aliwanka) | 105 |
| 6. (Augustin) | 113 |
| 7. (Januszky o más bien Roswitha) | 121 |
| 8. (La señorita Klara Burszen) | 145 |
| 9. (El veterinario Svantz) | 163 |
| 10. (Balwinder) | 181 |
| 11. (Nikita) | 197 |
| 12. (Stelian y Fabritius) | 221 |
| 13. (Gusty) | 251 |

(ANATOL KORKODUS)

Dos semanas antes de que lo detuvieran, mi padre adoptivo, el brigadier Anatol Korkodus, me regaló una flamante motosierra marca Stihl recién salida de fábrica. Me dijo que la había pedido en Czernowitz, que el paquete había llegado y que lo encontraría en el mesón Las dos pellejas. Mañana mismo podría ir a buscarlo después de pasar por la estación.

Aunque supiera algo, no lo dejaba traslucir, pues, como si nada se estuviese gestando, me pidió que fuera a recibir a un tutelado nuevo procedente del reformatorio de Monor Gledin; que lo esperara en la estación, pues llegaría en el tren de primera hora, y lo acompañara a la oficina. Él tenía la intención de quedarse en la cama ese día; por eso me rogó que le diera comida y palique al muchacho, que conversara con él hasta caer la tarde, que a partir de entonces tendría tiempo para ocuparse de él.

Cuando llegaba un invitado o un novato a la colonia, normalmente enviaba a la estación a Balwinder, el recadero de la oficina, pero esta vez, quién sabe por qué, no quiso recurrir a él.

Como los horarios del tren fueron suprimidos hacía un tiempo y sólo podía saberse que el convoy, compuesto básicamente de vagones de carga y tan sólo un enclenque coche de tercera clase, llegaría antes de empezar los trabajos en el aserradero, me adelanté bastante al amanecer, partí rumbo a la estación y esperé cerca de la salida, encogido en un banco cubierto de escarcha. Puse a mi lado, en un lugar bien visible, el trozo de cartón en el que mi viejo

había escrito la noche anterior el nombre del joven forastero, con rotulador grueso y letras grandes y gordas para que pudiesen deletrearse a la luz escasa de la estación. Se llamaba Daniel Vangyeluk, nombre que sonaba a sacristán ajado con olor a vejez, aunque era evidente que sólo podía tratarse de un joven haragán. Lo habían derivado del reformatorio de Monor Gledin para que permaneciera en la colonia y espabilara y aprendiese a comportarse.

A Anatol Korkodus le gustaba recibir a jóvenes gamberros descarriados, con el fin de que, lejos de las tentaciones de la ciudad, se reencontraran a sí mismos fascinados por la libertad infinita y recuperaran el camino del sosiego en la cercanía de nieblas oscilantes, de fuentes calientes con olor a azufre, de minas y escoriales abandonados. Sin embargo, mucho no conseguía con ellos. Tampoco se hacía ilusiones, los llamaba pájaros, consciente de que el final era siempre el mismo: un buen día echarían a volar. Algunos desaparecían al cabo de menos de una semana y sus huellas se perdían para siempre; a muchos, el propio Anatol Korkodus los enviaba de vuelta a la institución una vez transcurrido el período de prueba; y hasta la fecha ni uno solo, pensando en un lugar para el descanso eterno, decidió que, cuando el instante le llegase, lo enterraran allí, al pie de las laderas del monte Paltin.

Por aquel entonces llevaba yo bastante tiempo en Verhovina. Unos años antes, en un amanecer cubierto de escarcha, el mismo tren de cercanías me había traído, procedente del mismo lugar.

En las noches en las que no corre el viento, sobre todo cuando alguna nube espesa se posa como una campana sobre el valle, el ruido de la locomotora y de los vagones pue-

de oírse una o dos horas antes de su llegada, mientras comienzan a repechar a lo largo del Jablonka, mientras cruzan traqueteando los centenarios puentes de hierro. Quien tiene avezado el oído, gracias al rumor que llega desde la lejanía sabe por dónde anda el tren. En esta ocasión, sin embargo, el cojín de una densa niebla cubría tanto la profundidad del bosque como las zanjas bordeadas de arbustos a ambos lados del terraplén, de tal manera que absorbía incluso los ladridos de los perros del vecindario. Sólo el crujido de las traviesas, algún chirrido, algún ruido que recorría los raíles talmente como una corriente eléctrica, señalaba, a pesar de todo, que la máquina se acercaba por la serpenteante línea del valle.

Al tren sólo lo esperaba, aparte de un servidor, el jefe de estación Stecc; en los últimos tiempos, parecía que la gente había perdido las ganas de viajar en ese medio de locomoción. Había corrido la voz de que la estación sería clausurada, de que incluso arrancarían los raíles y los venderían junto con los puentes de hierro, de que unos desconocidos habían realizado mediciones por toda la línea del valle del Jablonka desde el vado del Pachá Tuverkán hasta el aserradero, y no faltaba tampoco quien sabía que el valle entero, con sus reservas de hierro, había sido comprado por un acaudalado forastero llamado Bazil Haraklán. Hasta se rumoreaba de dónde era oriundo: de la lejana y rica llanura situada al otro lado de los montes, de una localidad llamada Coltwadkert, Holtwadkert o algo parecido. Según contaban, estaban ya redactadas las cartas de despido destinadas a los ferroviarios, de modo que no era de extrañar que las estaciones quedaran desiertas.

Por consiguiente, cuando jadeando, siseando y envuelto en vapores se detuvo el tren de primera hora, sólo una persona tocada con una gorra de rayas negras y amarillas miró

desde la ventanilla del vagón de tercera clase al andén desierto. Parecía no albergar la intención de moverse de allí, pero al comprobar que la locomotora, ya desenganchada y agotada por el trayecto, rodaba en silencio rumbo a las cocheras, se dio cuenta de que el viaje no seguía, se apeó, pues, y se dirigió vacilante a la salida.

Enseguida quedó claro que no era una gorra lo que portaba sobre la cabeza, sino que su cabello corto e hirsuto estaba teñido. A la luz del alba y de la niebla, unas rayas de color dorado centelleaban entre mechadas oscuras de origen. Llevaba una casaca de tela vaquera barata que le quedaba pequeña, no traía equipaje y cuando llegó al círculo iluminado por las lámparas resultó evidente que tampoco portaba zapatos. Descalzo recorrió el andén haciendo crujir el borde de los charcos helados. Como había de pasar de todas maneras delante de mí, vio al acercarse el trozo de cartón sobre el banco, deletreó su nombre y se detuvo indeciso.

Qué carajo es esto. No me digas que me estás esperando a mí. Habíamos quedado en que llegaría mañana.

Anatol Korkodus intuyó que llegarías hoy.

Y yo que pensaba pasar un rato holgando en un restaurante, gastar el dinero ahorrado, echar luego un vistazo a la zona y presentarme mañana. Ahora se me ha ido el día al garete.

Hablaba con voz fina y un tanto cascada, y no se le veía ni un solo diente. Tenía ojos color hielo, entre grises y azulados, igual que el perro esquimal del mesonero Edmund Pochoriles. Las rayas amarillas cintilaban rizadas sobre su cabeza.

Lo miré de arriba abajo: A ver si te enteras. ¿Tú ves por aquí algún restaurante?

El edificio de la estación consistía en dos piezas en total. En una trabajaban alternándose el jefe y la joven guardavía; se ocupaban de las tareas cotidianas, de la venta de billetes y del transporte de mercancías que gestionaban a través de una ventanilla que daba al exterior; luego, tras una puerta de doble batiente, en una habitación más amplia, vivía el jefe de estación Stecc con su familia. Una choza polvorienta con una mesa de hojalata pegajosa y dos sillas tubulares con el respaldo roto servía para despachar bebidas, aunque llevaba años cerrada.

Como no vio un restaurante por ninguna parte, Daniel Vangyeluk se dio la vuelta varias veces, asombrado. Se detuvo y sorbió el aire aspirando con fuerza.

Aquí huele fatal. ¿Qué carajo es este olor?

No sé de qué me estás hablando. Tendrás que hacerte examinar la nariz.

Debía de percibir el olor asfixiante de las aguas termales de la pradera de Paltinsky, que al amanecer se posaba en el fondo del valle hasta que se lo llevaban los vientos benéficos.

Cruzamos la plaza pasando por delante del depósito de combustible y del aserradero y caminamos por la calle principal de Jablonska Poliana, evitando los terrones congelados. Sólo se oían los taconazos de mis botas, mientras Daniel Vangyeluk, descalzo, me seguía sin hacer ruido, evitando los charcos helados.

¿Dónde has dejado los zapatos, si se me permite la pregunta?

Los tiré.

Estás de guasa. A mí se me responde correctamente.

Pues has oído bien. He dicho que los tiré.

Se detuvo en el puente Pissky y se quedó contemplando el Jablonka, que fluía negro y silencioso entre el hielo que cubría las riberas. Me puse detrás de él, curioso por lo que se disponía a emprender. Al final, sin embargo, se limitó a escupir.

Recurrí entonces a la voz más seca que poseo: Que no te vuelva a ver hacer eso. Puedes escupir a cualquier sitio, menos al agua. Pero lo mejor será que te tragues la saliva.

El interior de la botica de los Nyegrutz proyectaba una luz amarilla sobre la niebla y ante la puerta abierta se mezclaba el olor a castañas asadas con el de aceite quemado. Cogí a Daniel Vangyeluk suavemente por el codo y lo acompañé hasta la entrada. Era de brazos esmirriados de carnes, como los niños. Miré alrededor, la calle estaba desierta.

Aquí te quedas parado, y no hablas con nadie. Si alguien empieza a mirarte por ver quién eres y qué haces, tú ni te enteras. Finges no ser nadie. ¿Entendido? Como si esa persona estuviera viendo fantasmas.

¿Y por qué van a mirarme?

Lo miré de arriba abajo, desde la coronilla, desde las rayas amarillas y estridentes hasta los pies descalzos.

Pues por nada.

La botica esperaba aún a los clientes; Irina Nyegrutz estaba sentada tras el mostrador, a su lado, en una bandeja azul, la masa para los *lángos* se fermentaba bajo un paño a cuadros. Sobre el fogón de gas, las castañas humeaban ardientes, con las cáscaras agrietadas, en una sartén. Pedí medio kilo de castañas asadas y dos *lángos* con requesón. Mientras Irina Nyegrutz preparaba los *lángos* recortando la masa, los rellenaba con requesón, los movía y les daba vueltas en el aceite bien caliente, me puse a deambular por la sala vacía de la botica, mientras miraba afuera por la puerta abierta o por las ventanas empañadas. Eran las seis en

punto de la mañana, la sirena del aserradero soltó un zumbido sordo tras las cortinas de la niebla que se iba aclarando. Entre las vetas del vaho que chorreaba en los cristales de color lila de las ventanas, el reflejo de mi cara sin afeitarse vibraba y parecía llorar. Daniel Vangyeluk, cuyo hálito formaba nubes de humedad, permanecía obediente delante de la puerta, como un perro al que el dueño ha dejado atado ante la tienda. Las manos en los bolsillos, apoyando un pie descalzo sobre el otro.

Irina Nyegrutz envolvió los *lángos* en una bolsa de papel, y puso en otra las castañas asadas. Miró hacia la puerta.

¿Para quién es el otro?

Ya lo está viendo usted. Para nadie.

Un muchacho nuevo. Nada bueno, por lo que veo. No se quedará mucho tiempo.

Ojalá.

Enseguida nos pusimos en marcha, Daniel Vangyeluk y yo. Al cabo de unos pasos dijo por lo bajo, mas sin ocultar la ira:

Oye, ¿por qué me dejaste fuera?

La próxima vez entrarás tú también.

Pero ahora me dejaste fuera.

No quería que Irina Nyegrutz notara tu olor.

Vengo viajando desde ayer. Seguro que huelo un poco a tren.

Yo no he dicho que olieras a tren. Dime, ¿por qué tiraste tus zapatos?

Alguien se cagó en ellos.

¿En serio? Eso no debería haberte impedido ponértelos. Trae suerte, por si no lo sabes. Alguien te quiere mucho.

Fue la pequeña Zsanett. La pobre estaba molesta porque me dejaban marchar.

Tal vez os reencontréis. Ocúpate de devolverle el regalo.

Volví a cogerlo por el codo para que se detuviera ante la casa Man-Gold. Clareaba, comenzaba el cielo a tornarse gelatinoso y transparente, pero la penumbra de la noche seguía encallada aún en el patio rodeado de cuatro edificios de una planta, al que se accedía por amplios portales abovedados; en los escalones que llevaban al horno de *po-gácsa* sólo se vislumbraban las botellas de leche de cabra colocadas en cuatro filas. Cogí dos, y proseguimos el camino, aunque un par de casas más allá, en la acera de enfrente, llamé a la ventana de los Augustin o, mejor dicho, a las tablas que tapaban la ventana.

La ventana de los Augustin que daba a la calle estaba cegada con tablas puestas en cruz y en diagonal, y el burdo enrejado sólo dejaba un resquicio para que entre esas piezas de madera emergiera una mano con el fin de coger esto o aquello, una botella de leche, por ejemplo. Teníamos al matrimonio Augustin desde hacía años en arresto domiciliario. Como la cárcel de Jablonska Poliana se había incendiado y se había reducido a cenizas hacía tiempo, el único recurso que quedaba era mantenerlos recluidos en su casa.

Puse una de las botellas en el alféizar y esperé a que abriesen la ventana. Tras las tablas se oyó la voz de la señora Augustin:

¿Es verdad que la subprefecta Vaneliza se fugó y que Anatol Korkodus también anda de capa caída? Es la segunda vez que mi marido y yo lo soñamos. Porque, si es verdad, nos tienen aquí retenidos por error. Por favor, dile al jefe de seguridad Hamilcar Nikonuk que hoy mismo nos saquen de aquí.

Desde luego que estáis soñando. Pueden ocurrir muchas cosas. Pero, por el momento, os espera el juez instructor en Gledin, que estará encantado de veros. Os atarán correas a la cintura y así os llevarán ante su presencia.

Volví a coger del brazo a Daniel Vangyeluk mientras le lanzaba una mirada significativa: Éstos todavía creen ahí dentro que me gusta hablar con ellos.

¿Han hecho algo o es que los encerráis así sin más?

Depende de cómo se mire. No sé si te dice algo. Estos señores les propinaron una descarga eléctrica a unas escolares. Una tenía siete, la otra ocho y las demás once años. Una descarga eléctrica de verdad, de doscientos veinte voltios.

¿Un experimento o algo por el estilo?

Hice un gesto de resignación con la mano. ¿Y eso qué importa?

Volví a parar a Daniel Vangyeluk ante el mesón Las dos pellejas.

La motosierra yacía sobre el banco de la cocina de Edmund Pochoriles, dentro del embalaje Stihl original, una caja de cartón de colores atada con una tira de acero. Estaban desayunando, ahí se encontraba también mi prima Danczura, que trabajaba en el mesón, así como Lorenz Fabritius, el pastor evangélico.

Sabían de dónde venía, veían además a Vangyeluk ante la puerta abierta. Estaba con la cabeza gacha, echando dos nubes de vapor por las ventanas de la nariz, como los caballos.

No tiene buen aspecto, señaló Edmund Pochoriles.

Pues no, asentí. No sé qué hará mi viejo con él.

Fabritius señaló la caja, la cogí y me la puse bajo el brazo. ¡Qué barbaridad! ¿Para qué la necesitas?

¿Para qué?... Pues para ir con ella al bosque Mudo o para cortar con ella la leña en el patio. Y depende de cómo se den las cosas, me servirá también para despedazar a alguien al que le tenga ojeriza.

Pochoriles todavía me gritó mientras me marchaba: ¡Ojo, que eso no es cosa fácil! Los huesos, vale... pero con la sangre, la carne y los tendones se te atascarán los cojinetes, y el motor se ahogará en un dos por tres. Después trata de limpiarlo. Te irá mejor una buena hacha, con la hoja bien afilada.

Tenía yo una gata bonita, amarilla, *Tatiana* de nombre. Durante un tiempo la llamé *Charlotte*, pero como empezó a engordar y se dejó crecer piel abundante en torno al cuello, la rebauticé. Debía de pesar unos ocho kilos, su cola era gruesa y rayada, las orejas puntiagudas terminaban en un pin-cel, como las del lince. Cualquiera perro que se topara con ella en la calle cambiaba de acera. En esta ocasión esperaba acurrucada en la cornisa sobre el portón, pero tan pronto como nos acercamos, bajó de un salto y, si bien no era de tipo confiado, primero se quedó mirando con la cabeza levantada a Daniel Vangyeluk, después se situó detrás de él, le tocó el pantalón con la cola y poco a poco pasó entre sus piernas. A continuación se sentó frente a él, a examinar su rostro y esos ojos que brillaban como el hielo. Y cuando nos pusimos en movimiento, nos siguió a dos pasos de distancia, sin prisa, con la cabeza gacha, cavilante.

¿Es tuya?

¿Tú qué crees? ¿De quién si no?

¿Por qué lleva un collar?

No es un collar, es su piel en torno al cuello. Por lo demás, también tiene un collar. Cuando de pronto siento miedo, cuando estoy de servicio por la noche, por ejemplo, me la llevo atada de una correa.

Ya puedes empezar a despedirte de ella, porque la necesito. Te la compraré al precio que sea.

Puede que lo pensara en serio, pero me limité a reír para mis adentros.

Ya en la oficina, le pedí que sacara cuanto llevaba en los bolsillos y lo colocara todo en fila sobre el escritorio de Anatol Korkodus. Aparte del documento que acreditaba su baja, traía un total de treinta y siete cupones. Le habrían servido para comprarse como mínimo unas pantuflas o incluso unos zapatos, así como una muda y calcetines para el viaje. Pero no portaba nada de eso. Me convencí después de registrarlo minuciosamente. Lo conduje, pues, por el patio de la brigada de asuntos hidráulicos, en cuya otra punta vivíamos mi viejo y yo en la antigua casa de los Czervensky. Era un patio pelado, con malas hierbas aquí y allá y huellas de pisadas en el barro helado. Había en el granero abierto una pala oxidada para retirar la nieve, un viejo vehículo arenero cubierto de polvo y al lado el desgastado todo-terreno oficial marca Willys de Hamilcar Nikonuk con los neumáticos desinflados. Tan pronto como atravesamos el patio, las huellas de los pies de Daniel Vangyeluk se oscurecieron en el suelo helado. Ante el retrete se detuvo y me pidió entrar para hacer sus necesidades.

Mientras esperaba, divisé frente a la entrada abierta a Balwinder, nuestro moreno recadero de la oficina. No sé de dónde había salido, puesto que hacía unos instantes no se veía ni un alma por ahí. No dijo ni buenos días, no me consideró digno ni de saludarme con un gesto de la cabeza; inmóvil, miraba hacia el patio con sus ojos bizcos. Hacía el patio en el que no había nada que mirar, salvo nosotros dos. Me acerqué a él.

¿Algún problema? ¿Qué carajo hace usted aquí?

Pues nada. Mirar. ¿Acaso no se puede?

Vaya, vaya. Veo que lo hace usted a propósito. Y no le veo mucho sentido, eso es todo lo que puedo decir.

A lo mejor lo tiene.

¡Puaj!, escupí furioso.

Entretanto, Daniel Vangyeluk salió del retrete.

¿Yo también me alojaré aquí?

Esta noche te quedas en cuarentena. Y así seguirás durante tres semanas exactas. Ya sabes, es la costumbre del lugar, por los bacilos.

Se notaba que no entendía del todo lo que le decía. Quizá no sabía ni qué era la cuarentena ni qué eran los bacilos, pero como no preguntó nada más, no se lo expliqué.

Invité a Daniel Vangyeluk a sentarse en la cocina, extendí ante él una alfombra deshilachada para que pudiera taparse los pies descalzos si tenía frío. Aunque ahí dentro tampoco hacía mucho calor, los rasgos se le alisaron y comenzó a moquear, de manera que se limpió la nariz con la manga de la casaca. Un muchacho pálido, flaco, de piel fina, la mirada de sus ojos entre grises y azulados de perro esquimal iba y venía entre las paredes. Llevaba en el dorso de la mano un burdo tatuaje de color tinta, enigmáticos signos de un pasado roto: puntos, líneas, cruces.

Anatol Korkodus ya me había advertido que lo tratase con amabilidad, que hablara con él, que lo animara a comer cuando trajeran el almuerzo de la cantina y que luego, cuando estuviese saciado, lo mandara junto a su lecho de enfermo. Esa mañana, sin embargo, no tenía yo ganas de mostrarme cortés ni de dar palique a nadie. Me venía a la mente esto y aquello, tenía que tomar aliento cada vez que me disponía a hablar, pero cuando lo miraba y mi mirada se cruzaba con la suya, enseguida se me iban las ganas. Es más, se me pasaba lo siguiente por la cabeza: mejor sería si en vez de Daniel Vangyeluk otro estuviera sentado ahí.

El silencio prolongado, cuando se estira más y más, de repente cobra voz. Comienza con un suave suspiro, como el rumor de un lejano salto de agua; después empieza a chisporrotear y luego suena ya y retumba con una fuerza insoponible, y el mundo entero penetra en tus oídos como si les inyectaran hielo. En esta ocasión, aulló durante un rato la chimenea del fogón y a continuación sólo se oyó el tictac del despertador, sonando ahora fuerte, ahora amortiguado, como si el viento lo trajera de prados remotos.

Al final, mi gata *Tatiana* rascó la puerta. Se la abrí, pero no entró, se limitó a menear la cabeza; maulló de manera apenas audible y venteó el aire un rato. Un ser misterioso, reservado, testarudo, como todos los animales de pelo amarillo. Abrí dos latas de hígado picado, que me sirvieron de señuelo para atraerla hacia al patio trasero. La encerré en el cuarto de las herramientas, de donde no podía escapar.

En el vecino leñero llené un cesto de estiércol seco, le agregué unas ramitas, y regresé a la cocina. Envolví serrín enaceitado en papel de periódico y así prendí el fuego en el fogón. Cuando comenzó a llamear, le agregué unas ramitas y después unas cuantas piezas del estiércol seco. Actué con toda calma, como si me sobrara tiempo. De hecho, todavía era la mañana.

¿Por qué no la dejaste entrar una vez que maulló?

Hoy, su sitio está en el cuarto de las herramientas. Nos traen unos conejillos de Indias, y prefiero que no los vea.

Abrí la bolsa de papel que contenía los *lángos* con requesón. Vací sobre el hule de la mesa la bolsa de las castañas asadas. Pelé una y mientras me la metía en la boca, di a entender a Daniel Vangyeluk que cogiera una, que no se hiciera de rogar. Primero agarró una puntita del *lángos*, luego cogió una castaña. La peló poco a poco, la

rompió en pedacitos, se los puso en la boca y comenzó a chupetearlos.

Muchos dientes no tienes. Las castañas podrían estar más asadas, digo yo. Escupe tranquilamente las que no puedas masticar. En la palma de tu mano, quiero decir.

Tú no te preocupes. Las mastico con las encías. Hasta que vuelvan a crecerme los dientes.

¿Que te van a volver a crecer? ¿De dónde has sacado eso?

El doctor me dio una inyección. Dijo que así crecerían.

Vaya, aquí no sabíamos que contigo no todo estaba en regla. Y, la verdad, nos habría convenido saberlo de antemano. Así que mientras estés en cuarentena, pide una dieta especial. ¿Qué les pasó a tus dientes?

Pues a estas alturas ya da lo mismo.

¿Y tampoco me dirás cómo fuiste a parar a la institución? Sin entrar en detalles.

Pues no. Tampoco.

Tienes razón. Mejor será que no hables de ello con nadie, jamás. Y ahora que me acuerdo: Anatol Korkodus pregunta si te alegra que te hayan soltado.

No sé quién es ése.

Señalé la puerta de mi viejo.

El que intuyó que llegarías hoy y no mañana. Una vez que hayas descansado, llama a su puerta. Quiere hablar contigo cuanto antes.

Me lanzó una mirada suspicaz, pero enseguida vio mi dedo índice apoyado en mis labios, de modo que, aunque hubiera querido, no preguntó más nada. Y para que le quedara claro que no hablaríamos sobre Anatol Korkodus, puse la radio.

¿Qué te parece? Es Maya. La que canta es Maya Miklovitz. ¿La conoces?

Me miró, se encogió de hombros, pero no se dignó responderme. Yo, sin embargo, continué:

¿Tú qué crees? ¿Existe un nombre así? ¿Crees que es su nombre o se lo han inventado?

Venga, me estás tomando el pelo.

Perdona. Yo sólo preguntaba. Bueno, ahora te dejaré solo durante una horita. Descansa, come algo, escucha las noticias.

Vete si quieres. Me alegra quedarme solo.

Por las mañanas, cuando doy mi vuelta de inspección, siempre empiezo por el lavadero comunitario, controlo el estado de la limpieza, compruebo si han fregado el suelo de mosaico, si han lavado las artesas, y después abro los grifos de agua caliente para aquellos a los que les corresponde de forma gratuita, los necesitados del lugar. Recibimos el agua caliente de la ladera del Paltin, de las fuentes termales de la pradera de Paltinsky, pero durante la noche se enfría en las tuberías. Por tanto, tras abrir los grifos por la mañana sale tibia durante un buen rato, de modo que lavar es gratuito entre las ocho y las diez. Los más acomodados llegan con su ropa sucia a partir de esa hora, ya reciben agua caliente y, lógicamente, pagan por ello. Una vez concluidas mis tareas en el lavadero, paso por la sección de guardia por ver si hay alguna noticia, y si el ambiente es bueno, jugamos a las cartas o al chaquete. Después toca la inspección de la ribera. No hace mucho aparecieron ya los témpanos, o sea que he de mirar si esos hielos flotantes arrastrados a gran velocidad por la corriente han dañado de alguna forma las varas de medir el nivel del agua.

Me dirigí, pues, al Jablonka, seguí el camino de la orilla bajo los sauces pelados hasta la garita de los Czervensky,

luego hasta el atracadero de los Czervensky y el molino de agua de los Czervensky cubierto de hielo, para contemplar desde allí las maravillas de Jablonska Poliana.

Al final de algún otoño, Balwinder incumplió la tarea que tenía encomendada desde hacía años: se olvidó de abrir a tiempo las compuertas del molino de agua, las cuales se congelaron a pesar de que no había llegado aún el invierno de verdad, y nunca más se pudieron mover. El hielo comenzó a hincharse, se abombó poco a poco, pasó por encima de las compuertas, mientras la corriente seguía fluyendo; primero se quedó petrificada la rueda del molino dentro de la avalancha cristalina que envolvió luego todo el edificio, de modo que gigantescos carámbanos, temibles colmillos invernales, resplandecían colgando de la cubierta de tejas de madera. Como si estuviera encerrado en un cristal, el molino continúa allí, intacto. A veces, *Tatiana* y yo nos acercamos a echar un vistazo a los ratones congelados en plena huida, cuyos ojos inmensos, ampliados por las capas de hielo, miran a la nada infinita, eterna.

En torno a las varas de medición, allí donde las aguas termales de la fuente número dos desembocan vaporeando en el río y donde cada verano gira parsimoniosamente un remolino negro, peregrinaban ya, bajo la costra delgada y cristalina del hielo, entre los hilos oscilantes de las algas, unas burbujas resplandecientes como mensajes de un mundo desconocido oculto bajo el agua. Se desperezaba el río, amarilleaban también las espigas de los sauces en la orilla. Tras el amanecer inclemente, helado, de finales de invierno daba la impresión de que una brisa fragante soplaba ya desde las laderas del Paltin y alguna ráfaga inesperada traía olor a tierra de las llanuras allende las montañas. Asomaba aquí y allá el sol entre manojos de niebla, resonaban los canalones, espejeaban venas negras que chorreaban por el congelado suelo gris.